

Miramos hacia abajo en silencio por un largo rato. Luego...

Quizás la circunstancia más afortunada del casi increíble asunto de Chadbourne es que la pequeña Abby Chandler aún no tenía siete años la noche en que regresó a casa y le contó a su madre la historia sobre la vieja cerda y sus cerditos. Era julio, y Abby, con su gran balde de hojalata, había estado en lo alto de la cresta cerca del Antiguo Cementerio, después de los arándanos bajos. Ni siquiera había estado especialmente asustada, había dicho su madre.

Eso es lo que quiero decir con el aspecto afortunado de la historia. La pequeña Abby era demasiado joven para ser devastada, para que su dulce y pequeña alma sea arruinada permanentemente. Su mentalidad se retorció y se alejaba de la normalidad incluso al ver con sus redondos ojos azules lo que dijo que había visto allí en la ladera de acero. La pequeña Abby no se había dado cuenta particularmente de la fila de ocho o nueve cerditos que empujaban, chillaban y gruñían en su comida de la tarde porque su atención se había concentrado por completo en la curiosa apariencia, como le parecía a ella, de la fuente de esa comida. Esa vieja cerda, la pequeña Abby le había dicho a su madre, había tenido "la cabeza de una dama..."

Hubo, por supuesto, una razón de ser detrás de esta maravilla reportada. Esa solución se le ocurrió a la señora Chandler casi de inmediato. Abby debió haber escuchado algo, en el transcurso de sus pocos años de vida aquí en Chadbourne, entre los habitantes permanentes de la pequeña ciudad, el chisme de algunas ancianas sobre algunas personas marcadas, casos de personas nacidas con algunas características anatómicas extrañas de un animal doméstico —monstruos— o incluso animales de granja marcados con alguna veta humana, que rápidamente son destruidos y enterrados. Estas declaraciones se pueden escuchar en muchos antiguos asentamientos rurales de Nueva Inglaterra, algunos de los cuales nunca dejaron de lado por completo las extrañezas de la tradición traídas de Cornwall y el oeste de la vieja Inglaterra.

Chadbourne no era la excepción. El casco antiguo se encuentra enclavado entre las crestas de rocas de granito y las colinas del profundo y rural este de Connecticut. En cualquier ciudad vieja de Nueva Inglaterra, las personas mayores hablan mucho de cuestiones como el sabbath, las misas negras, y la gente marcada.

La señora Chandler sabía todo eso, lo sentía en su sangre y huesos. Ella había sido Grantham antes de casarse con Silas Chandler, y la familia Grantham se había estado reduciendo y deteriorando silenciosamente durante nueve generaciones en

Chadbourne, junto con el proceso de descomposición gradual de la ciudad vieja.

Hay personas profundamente arraigadas en Nueva Inglaterra que nunca han olvidado el significado de la antigua nobleza, personas que nunca han permitido que su sentido del deber y la obligación se desvanezcan. En Chadbourne teníamos una familia así, los Merritt, Mayflower, familias que viajaron a Plymouth en la colonia de Massachusetts en 1620; oficiales y fideicomisarios de generaciones del Dartmouth College en New Hampshire y del Trinity College, Hartford, Connecticut. Nosotros, los Canevins, los virginianos, no éramos, por supuesto, de esta población. Mi padre, Alexander Canevin, había comprado una granja abandonada en una cumbre de Chadbourne en la época de la guerra española. En ese aire elevado, entre esas montañas escarpadas y los embriagadores aromas veraniegos de flores de azahar y helecho dulce, que los granjeros de Connecticut llaman apropiadamente "tapa dura", había pasado los veranos desde mi temprana infancia.

Tom Merritt y yo habíamos crecido juntos, y él, siguiendo la tradición familiar, había ido a Dartmouth, y de allí a la Facultad de Medicina de Harvard. En el momento de la aventura de la pequeña Abby, estaba sirviendo bien a su comunidad como médico general de Chadbourne. Pero durante los cuatro años previos a su regreso, había estado en el servicio diplomático como cónsul de carrera, principalmente en Persia. También había ocupado puestos consulares en Jask, una ciudad en el extremo sur del Golfo de Omán; en Kut-el-Amara en el oeste, justo al sur de Bagdad; y finalmente en Shiraz, donde había recogido algunas alfombras magníficas.

El otoño anterior a la expedición de arándanos de la pequeña Abby Chandler, Tom, que actuaba como mi agente, había alquilado mi granja de Chadbourne justo cuando me iba de Nueva York para mi habitual estancia de invierno en las Indias Occidentales. Al parecer, mis inquilinos eran persas que no tenían ninguna conexión con la larga residencia de Tom en esa tierra. Se sorprendieron, me dijo Tom, cuando descubrieron que él familiarizado con su país, y que incluso hablaba su idioma de manera aceptable.

A pesar de este incentivo a la sociabilidad, la familia persa, según Tom, se había comportado, hacia él y todos los demás en Chadbourne, con un alto grado de reticencia y reserva. Se habían mantenido completamente aislados, y rara vez salieron de la casa ese invierno. Cuando se aventuraban, lo hacían con velos, de manera que las mujeres no pudiesen ser observadas por los curiosos habitantes Chadbourne.

Además de la madre y sus dos hijas, las tres de aspecto robusto, de color amarillento y ojos endrinos, estaba el señor Rustum Dadh y dos sirvientes. Éstos eran el chofer, un hombre de complexión cuadrada, de labios apretados, bastante sombrío, y una mujer, presumiblemente la esposa del chofer, que nunca apareció en absoluto, incluso los viernes por la noche cuando había películas en el palacio de la ópera del palacio de Chadbourne.

Todo lo que Tom Merritt sabía sobre mis inquilinos me lo contó. Nunca vi a ninguno de la familia Dadh. De hecho, me había olvidado por completo de ellos hasta que llegué a Chadbourne el siguiente junio, un tiempo después de su partida, y aprendí de Tom los hechos que he expuesto aquí.

En cierta noche de julio de ese verano, a las nueve en punto, estaba sentado en la sala leyendo, cuando mi teléfono sonó insistentemente. Dejé mi libro con un suspiro al ser interrumpido, y me encontré con Thomas Bradford Merritt en el otro extremo del cable.

—Ven aquí tan pronto como puedas, Gerald —dijo Tom sin ningún tipo de preliminares, y había una cierta urgencia inusual en su voz.

—¿Qué pasó? —pregunté.

—Puede ser algo interesante para tus conocimientos, por así decirlo. ¡Y trae ese rifle Mannlicher tuyo!

—Iré de inmediato —dije, y colgué el auricular.

Saqué el Mannlicher de mi estuche en el pasillo donde estaba con mis escopetas y corrí hacia el garaje. Aquí, con certeza, había algo bastante extraño y nuevo para Chadbourne, donde lo más parecido a una emoción sería un altercado entre un par de petirrojos por un gusano descubierto simultáneamente.

¡Trae tu rifle! En el camino hacia la aldea, no traté de imaginar lo que podría estar detrás de una citación de este tipo, y para colmo del conservador Tom Merritt. Me concentré en mi conducción, bajando por el sinuoso camino rural desde mi escarpada colina hacia la ciudad, acelerando en los cortos tramos, facilitando las curvas traicioneras a gran velocidad.

Entré en la casa de Tom ocho minutos después de colgar el auricular. Había observado una luz, tanto en la biblioteca como en la oficina, y entré directamente y encontré a Tom sentado en el borde de una silla rígida, esperando claramente mi llegada.

—Aquí estoy —dije, y puse mi rifle en la mesa de la biblioteca.

Tom se sumergió en su historia.

—Ahora me llamarán en cualquier momento. Escucha esto, Gerald. Probablemente sea algo nuevo para ti. Lo que tengo que decirte, incluso frente a todas las cosas extrañas que conoces, tus experiencias en las Indias Occidentales, vudú, y todo lo demás. Es decir que, si esto es lo que me temo que es, tendrás que aceptar mi palabra. No me he vuelto loco ni nada por el estilo.

»El niño pequeño de Dan Curtiss, Truman, desapareció a última hora de la tarde, cerca de la puesta del sol. Tiene cinco años. Fue visto por última vez por algunos niños mayores que regresaron a la ciudad con bayas, desde el Ridge, a la hora de la cena. El pequeño Truman, dijeron, estaba con una dama en las afueras del antiguo cementerio.

»Dos corderos y un ternero han desaparecido en la última semana. He rastreado un hueso o dos, y un mechón de lana, orejas, en diferentes lugares. Algunos hablan de un gato montés, otros aseguran que se trata de un perro salvaje. Pero no son perros, Gerald. Estos destrozan a sus víctimas en el acto. No los arrastran tres millas cuesta arriba antes de comerlos. También corren en manada.

»Los animales han desaparecido individualmente, otra evidencia más en contra de la hipótesis de un depredador. Han sido recogidos y, presumiblemente, comidos, en lo alto de la cresta del cementerio. Los perros que matan ovejas tampoco toman becerros. Verás, he estado meditando en el asunto con mucho cuidado, con lo cual también hay que descartar la posibilidad de un gato montés. Estos no comen a la intemperie. Un felino arrastraría a su presa hasta las profundidades del bosque. ¿Verdad?

Asenti.

—Escuché algo sobre la desaparición de animales, y que ha estado sucediendo durante bastante tiempo, pero más intensamente durante el último mes.

Tom Merritt asintió mi comentario.

—Correcto —dijo—. Ha estado sucediendo desde que esos persas se fueron, Gerald. Todo el tiempo que estuvieron aquí, seis meses, siempre compraron su suministro de carne y aves de corral con vida. Presumiblemente prefirieron matar y aderezar su carne ellos mismos. De todos modos, esa era una de las peculiaridades de los extranjeros, algo que recibió muchos comentarios en la ciudad, como bien se puede imaginar. Y, desde que se fueron, no se trata solo de corderos y terneros. Sé de al menos cuatro perros. ¡Gatos, también! Nadie haría mucho caso de los gatos perdidos en Chadbourne.

Esto, de alguna manera, me sorprendió. No había sabido nada sobre los perros y los posibles gatos.

—Perros también, ¿eh? —comenté.

Entonces Tom Merritt se levantó bruscamente de su rígida silla, se acercó y se paró cerca de mí y habló en voz baja, intensa y muy convincente, directamente en mi oído.

—Y ahora, es un niño, Gerald. Eso es demasiado, para este o cualquier otro pueblo decente. Nunca has vivido en Persia. Yo sí. Te diré en palabras sencillas lo que creo que está sucediendo. Trata de creerme, Gerald. Literalmente, quiero decir. Tienes que creerme, confía en mí, para hacer lo que tienes que hacer esta noche porque no puedo ir ahora. Será una prueba para ti. Lo sería para cualquiera. Escucha:

»Esta situación solo se me ocurrió, claramente, justo antes de llamarte, Gerald. Había estado sentado aquí, después de la cena, atado a este caso de Grantham, esperando a que me llamaran. Fue la desaparición de Truman Curtiss. Eso me llevó la cosa a un punto crítico, por supuesto. Toda la ciudad está zumbando. Nunca antes ha sucedido algo así. Un niño siempre ha estado perfectamente seguro en Chadbourne desde que mataron al último indio hace ciento cincuenta años.

»No había visto la conexión entre ambos hechos, la desaparición y un posible animal salvaje. Realmente no me entusiasma investigar el paradero de corderos y perros que se extravián. En todo caso, eso podría significar un campamento de vagabundos en alguna parte. Pero los vagabundos no roban niños de cinco años.

»Todo encajó tan pronto como realmente pensé en eso. Esos Rustum Dadhs y su reticencia inexplicable, los animales vivos que subieron a esa casa tuya durante todo el invierno, lo que escuché e incluso vi —allá lejos en Kut y Shiraz—, ese chofer con la boca abierta y los labios apretados, la esposa de la que nadie pudo ver, y finalmente esa historia de la pequeña Abby Chandler...

El resto de lo que el doctor Thomas Merritt tuvo que decirme fue dicho literalmente en mi oído, en un susurro tenso, como si la monstruosa historia que tenía que contar fuera a ser escuchada por las paredes y los libros de esa vieja biblioteca de Nueva Inglaterra.

Me estremecí cuando terminó. Miré por mucho tiempo los ojos honestos de mi amigo de toda la vida, Tom Merritt, cuando se paró frente a mí al terminar de hablar. Sus dos manos firmes y capaces descansaban sobre mis dos hombros. Había convicción, certeza, en su mirada. No había la menor duda en mi mente de que él creía lo que me había estado diciendo. Pero, ¿podría él, o cualquiera, por casualidad, estar en lo cierto? ¡Aquí, en Chadbourne, de todos los lugares en el mundo!

—He leído sobre ellos en Las mil y una noches —me las arreglé para murmurar.

Tom Merritt asintió con decisión.

—Yo he visto dos —dijo en voz baja—. Ahora, adelante, Gerald —agregó—, es momento de la acción de ahora en adelante.

Me acerqué a la mesa y tomé mi rifle.

—Y recuerda —agregó, mientras cruzábamos la habitación hacia la puerta—, lo que te dije sobre ellos. Dispara a matar, si los ves. No lo dudes. No esperes ¡No les hables! Sin vacilaciones. Esa es la regla en Persia. Y recuerda cómo reconocerlos. ¡Recuerda las marcas! Puede que tengamos que convencer a otros, allá arriba, buscando al pobre pequeño Truman Curtiss.

Sonó el teléfono de la oficina.

El doctor Merritt abrió la puerta de la biblioteca y miró hacia el amplio pasillo. Luego gritó en dirección a la cocina.

—Responde, Mehitabel. Diles que me he ido. Será Seymour Grantham, por su esposa —Entonces, dijo para mí—: Hay dos grupos de búsqueda allá arriba, Gerald.

Y mientras corríamos por el camino desde la puerta de entrada hasta donde estaban nuestros dos autos en el camino, escuché al anciano mayordomo del doctor Merritt en el teléfono, con en su alto y nasal timbre, impartiendo la información de que el médico estaba en camino hacia la agitada familia Grantham.

Llegué al antiguo cementerio de Ridge incluso más rápido de lo que había bajado de mi propia colina quince minutos antes esa noche.

La luna de finales de julio, lejos de estar llena, bañaba las colinas fragantes en su luz clara y serena. A mitad de camino por la colina hacia Ridge, pasé junto a un grupo de búsqueda que regresaba. Me encontré con el otro que salía por la puerta del cementerio cuando detuve mi motor humeante y puse los frenos frente a la entrada. Los tres hombres, armados con una linterna, un rifle y dos garrotes considerables, se reunieron a mi alrededor. El más joven, Jed Peters, fue el primero en hablar. Había señalado mi rifle con un semblante pesado y honesto.

—Vaya arma, señor Canevin.

He tenido una larga experiencia con mis vecinos de Chadbourne.

—Es un Mannlicher —dije—, lo que se llama un arma de precisión. Lo suficientemente preciso hasta el punto de darle a la cabeza de un alfiler a catorce yardas cortas.

Estos tres tipos, uno de ellos el tío del niño desaparecido, no habían descubierto nada. Sin embargo, se unieron a mí sin que se los pidiera. Podría haberlos excusado con mucho gusto. Después de lo que me había dicho Tom Merritt, debería haber preferido que me dejaran solo para lidiar con la situación. Sin embargo, no había forma de evitarlo. Sugerí dividir el grupo. Los tres caminaron lentamente hacia la izquierda mientras yo esperaba, de pie a las puertas del cementerio, hasta que pude escuchar

sus voces.

Luego me apoyé con la espalda contra el interior de la pared del cementerio, justo enfrente del gran mausoleo de la familia Merritt. La fuerte luz de la luna hizo que se destaque claramente. Me apoyé contra la pared de piedra, mi rifle acurrucado en mis brazos, y esperé.

No intenté observar el mausoleo continuamente, sino que mis ojos se extendieron sobre la mayor parte del cementerio, un área que, al estar ligeramente cubierta por maleza, era claramente visible. De vez en cuando captaba una leve muestra de la conversación continua que se desarrollaba entre los tres buscadores, mientras caminaban alrededor del cementerio.

Había estado esperando, y los tres buscadores habían estado deambulando, tal vez veinte minutos: el antiguo reloj de la ciudad, en la torre de la iglesia de la Congregación, había sonado cuando escuché un sonido suave y chirriante en dirección al mausoleo de Merritt. Mis ojos volvieron hacia allí bruscamente.

Allí, justo delante de la puerta de bronce ahora medio abierta, había una figura extraña, incluso grotesca. Era baja, gruesa. Sobre ella, podría decir con precisión, como si se la hubiese puesto de la manera más apresurada posible, colgaba un abrigo y un pantalón. La luz de la luna lo mostraba claramente, y era claro, incluso con tanta luz, que estas dos eran las únicas prendas en uso. Los pantalones colgaban holgadamente, embolsando un par de pies descalzos grandes. El abrigo, desabrochado, se hundió y se deslizó torcidamente. La tela, inconfundible, era idéntica a las ropas de un chofer.

La cabeza de la figura estaba desnuda y, sobre ella, un mechón de cabello descuidado y pesado se erizaba absurdamente. La cara estaba cubierta con pelos gruesos como cerdas. La boca, cerrada y amenazadora, dividía un par de mandíbulas anchas y cuadradas. Los vellos faciales se fusionaron en lo que, desde mi punto de vista, parecía una especie de vaga mancha, como si el cabello estuviera muy enmarañado.

De esta figura siniestra surgió entonces una voz gruesa, gutural, como si el hablante intentara expresarse sin abrir los labios:

—Ven, ven. Te mostraré lo que buscas.

Me pasó por la cabeza todo lo que Tom Merritt me había susurrado al oído. Esta era la prueba de mi confianza en lo que había dicho, en él, en la exactitud de su información; y había sido información basada en su deducción, como pocos hombres han tenido que decidir. Dije una breve oración en ese espacio de unos instantes, observé que la figura se acercaba lentamente a mí.

—Ven —repitió—. Ven, ahora. Te muestro... lo que buscas... aquí.

Me recuperé. Puse mi confianza y mi futuro en las manos de Tom Merritt. Levanté mi Mannlicher, apunté con cuidado, y apreté el gatillo. Repetí el tiro. Dos agudas grietas resonaron en ese aire tranquilo.

La figura se desplomó. Tenía dos pequeños orificios en la frente, desde los cuales una mancha oscura se extendía sobre la cara, uniéndola en la forma en que se veía la región de la boca incluso antes de que permaneciera en silencio. La figura se contorsionó sobre el suelo entre el mausoleo y donde yo estaba parado.

Había hecho lo que Tom Merritt me había dicho que hiciera, despiadadamente, sin dudar, como mi amigo me lo había pedido, como mi amigo me dijo que lo habían hecho en Persia, alrededor de Teherán, la capital, y en Shiraz, y en Kut-el-Amara, y hacia el sur en Jask. Y luego, después de quemar mis barcos y, por lo que sabía positivamente, ser elegible para una sogá en Wethersfield, caminé hacia el mausoleo, directamente hacia la puerta de bronce abierta, y miré dentro.

Un olor espantoso, un olor a toda la carne podrida del mundo en un solo lugar, me golpeó en el rostro. Una ola de náuseas me invadió. Pero me mantuve firme y me obligué a imaginar lo que había dentro; y cuando lo vi, a pesar de mis arcadas y tos, resueltamente levanté mi Mannlicher y disparé y disparé y disparé a objetivos en movimiento y correteando; una y otra y otra vez, hasta que nada se movió dentro. Había visto, además de esos objetivos móviles, algo más; algunas cosas que no intentaré describir más allá de usar la palabra “extremidades”. El pobre y pequeño Truman Curtiss, quien había sido visto por última vez a las afueras de la puerta del cementerio, nunca volvería a subir esa colina, nunca recogería más arándanos en Chadbourne ni en ningún otro lugar.

Miré sin pesar la masacre que había forjado dentro de la antigua tumba de los Merritt. El Mannlicher es un arma de precisión...

El sonido de pies corriendo, el insistente y contundente acento de tres voces excitadas que me hicieron preguntas, me hizo sentir que algo estaba sucediendo fuera de la tumba. Los tres buscadores, salidos de su tranquila caminata alrededor del cementerio, y bastante cerca cuando comenzó mi tiroteo, habían llegado a la escena de la acción.

—¿De sucedió, señor Canevin? Le oímos disparar.

—¡Gerald le disparó a un hombre!

Soplé el humo del barril de mi Mannlicher, saqué el clip y caminé hacia el grupo que ahora se inclinaba sobre la figura arrugada en el suelo a medio camino de la puerta



del cementerio.

—¿Quién es el hombre al que disparaste, Gerald? ¡Dios! Es el hombre que les condujo el auto. Hay persas. Dios, Gerald, ¿estás loco? ¡No puedes dispararle a un hombre así!

—No es un hombre —dije, acercándome a ellos y mirando la figura.

Hubo una explosión conjunta en eso. Esperé, de pie y en silencio, hasta que se agotaron. Simplemente, estaban más preocupados por las consecuencias que debería tener que sufrir que por el destino del chofer.

—¿Dice usted que no es hombre! ¿Está loco, señor Gerald?

—No es un hombre —repetí—. Abran sus mandíbulas y verán lo que quiero decir.

Luego, como supongo que, naturalmente, dudaron en cumplir este pedido, me agaché y apreté los músculos buccinadores en el centro de las anchas mejillas mongolas. La boca se abrió, y allí hubo otro coro gritos. ¡Fue tal como lo había descrito Tom Merritt! Los dientes eran los dientes de uno de los grandes carnívoros, como colmillos, como los dientes de un tiburón. Ningún hombre mortal usó tal conjunto dentro de su boca, o necesitó tal conjunto, los colmillos de un desgarrador de carne.

—Dénle la vuelta —dije—, y aflojen ese abrigo para que pueda ver su espalda.

A esta tarea, el joven Jed se dirigió a sí mismo.

A lo largo de la espalda, cosida gruesa en la piel marrón oscura, corría una banda de cerdas negras como el carbón, de tres pulgadas, más largas y rígidas que las de cualquier cerdo premiado. Hubo un silencio por un largo momento. Luego:

—Vengan —dije—, y miren dentro de la tumba de los Merritt, pero, ¡prepárense! No será una vista agradable.

Me di vuelta. Los otros me siguieron. Entonces el joven Jed Peters dijo:

—Dice usted que no es ningún hombre, y le creo, señor Ganevin! Pero, en nombre de Dios, ¿qué es?

—Es un Ghoul —dije por encima del hombro—, y dentro de la tumba hay diez más: la presa y nueve cachorros. Y lo que queda del pobre niño Gurtiss...

Mirar hacia el mausoleo esa segunda vez, a sangre fría, fue una experiencia difícil, incluso para mí, que había causado ese caos allí. En cuanto a los demás, Eli Gurtiss, el mayor de los tres, estaba muy perturbado. Bert Blatchford hundió la cara entre los

brazos contra el dintel de la puerta, y cuando lo sacudí por el hombro por miedo a que se derrumbara, la cara que se volvió hacia mí estaba en blanco y espantosa, y sus mejillas rubicundas habían tomado el color del plomo.

Solo el joven Jed Peters realmente lo resistió. Él simplemente maldijo, una y otra vez.

Ahí estaban los cachorros, con sus caras y cabezas planas y humanas, equipadas con esas mismas mandíbulas punzantes y musculosas como las de su padre, como las fauces de un bulldog luchador, sus piernas y brazos cortos y gruesos, y sus espaldas estrechas. Realmente parecían cerdos. Todos, siendo de una camada, eran de aproximadamente el mismo tamaño; todos estaban repugnantemente ensangrentados después de su reciente banquete. Estas cosas yacían esparcidas por la gran cámara circular con paredes de mármol donde habían caído bajo los despiadados impactos de mis balas.

Cerca de la entrada yacía el cuerpo repulsivo y pesado de la presa, con su boca aterrada y abierta, su doble hilera de incisivos en la parte superior, ahora flácidos, purpúreos y horribles. Todos estos cadáveres de aspecto sobrenatural estaban desnudos. El hedor espantoso aún prevalecía, todavía se derramaba a través de la puerta abierta. Había montones y montones de despojos nauseabundos esparcidos por el lugar.

Fue el joven Jed quien comprendió primero y con mayor firmeza mi sugerencia de que estos horrores se ocultaran fuera de la vista, que los cuatro de nosotros debíamos cerrar una cortina de silencio, sujetarla permanentemente contra cualquier expresión de las cosas terribles que habíamos visto esa noche. Fue el joven Jed quien organizó a los tres en un trabajo de inhumación, y quien trajo las herramientas desde el cobertizo del cementerio.

Trabajamos en completo silencio, tan rápido como pudimos. No fue hasta que lanzamos rápidamente la tierra suelta sobre lo que habíamos colocado en el pozo considerable que hicimos, que se oyó el sonido del motor de un automóvil, subiendo la colina, lo cual causó nuestra primera pausa. Escuchamos.

—Es el auto del doctor Merritt —dije, algo aliviado.

Miré mi reloj de pulsera. Eran las doce y cuarto.

El doctor Merritt repitió algo de la historia de las tumbas persas, un poco de lo que había llegado a conocer de esos habitantes misteriosos entre las criptas medio olvidadas de antiguos cementerios, comedores de muertos, que aún preferían los cuerpos de los vivos, formas furtivas derribadas cuando se vislumbran, en la antigua y misteriosa Persia.

Dejé mi propio auto para que los tres tipos volvieran a casa, el joven Jed prometió traerlo de vuelta a mi casa más tarde en la mañana, y conduje a casa con el doctor Merritt.

—Había otra cosa que no me tomé el tiempo para decirte —dijo Tom, mientras nos deslizábamos por el sinuoso camino de la colina bajo la luz de la luna—. Eso fue que nunca se vio a los sirvientes de los Rustum Dadh abandonar Chadbourne; aunque, por supuesto, se suponía que lo habían hecho. La familia se fue en tren. Bajé a la estación para despedirlos y encontré que el viejo Rustum Dadh era aún menos comunicativo de lo habitual.

»Supongo que tu hombre está conduciendo tu auto a Nueva York, le dije. Había arribado seis meses antes, cuando llegaron a Chadbourne, con los dos sirvientes y todo dentro amontonado con las pertenencias de la familia. El viejo simplemente gruñó ininteligiblemente.

»Esa tarde, cuando subí a tu casa para ver que todo estuviese bien, se encontraba el auto en el garaje, vacío. Y, mientras me preguntaba qué había sido del chofer y su esposa, conduce a Bartholomew Wade desde su garaje, quien tenía la llave del auto y una carta de Rustum Dadh con instrucciones, y un cheque de diez dólares y su pasaje de regreso desde Nueva York. Las instrucciones eran conducir el auto a Nueva York y dejarlo allí. Lo hizo esa tarde.

—¿Cuál era la dirección de Nueva York? —pregunté—. Eso podría investigarse, si piensas que han ido...

—No sé qué pensar, sobre todo sobre la conexión de Rustum Dadh con todo —dijo Tom—. La dirección era simplemente los muelles de Cunard Line. Si Rustum Dadh y su familia eran, lo mismo, simplemente no se sabe. Hay evidencia de los animales vivos enviados a la casa. Que la carne viva haya sido para el chofer y su esposa, de alguna manera parece poco probable. Hubo un rumor en la ciudad sobre alguna disputa entre el anciano y su chofer, sobre si todos debían partir juntos, solo un rumor, algo escuchado por alguien ocupado. Puedes tomar eso por lo que vale. Los dos, deseosos de separarse de la civilización, aquí en Chadbourne, me imagino que esa es la probabilidad. Hay muchas veces más personas bajo tierra en los tres cementerios que en la superficie. Aquí en Chadbourne. Pero, cualquiera que sea la conexión de Rustum Dadh con lo que sabemos, cualquier parte de culpa que recaiga sobre él, se ha ido, Gerald, y podemos hacer cualquiera de las tres o cuatro conjeturas posibles; pero no nos llevará a ninguna parte —luego, un poco de cansancio se manifestó en su voz, porque también Tom Merritt había tenido una noche bastante agotadora, agregó—. Contraté al joven Jed Peters para limpiar la tumba.

Limpié mi rifle antes de volver esa noche. Cuando terminé este trabajo, y me di un baño hirviendo, eran casi las dos en punto de la madrugada cuando me fui a la cama.

Había estado temiendo una noche de insomnio después de esa experiencia allá arriba en el cementerio de Old Ridge. Me quedé un rato despierto, repasando fragmentos en mi mente. ¡El joven Jed! Ahí hay un tipo que te apoyaría sin importar en qué clase de apuro estuvieses.

Por fin me quedé dormido, después de asegurarme una vez más de que había hecho un trabajo minucioso en la colina. ¡Ghouls! No solo son criaturas de Las mil y una noches, como los Afreets y Djinns. No. Son reales. ¡Esas mandíbulas! Les disparan a la vista, allá en Persia, cuando son vistos saliendo de sus agujeros en las antiguas tumbas.

Huesos pequeños, rojizos, a medio roer, esparcidos por esas ruinas fétidas,- pequeños huesos que nunca habían sido arrancados de los cuerpos de terneros o corderos, pequeños huesos que habían sido...

Me pregunto si alguna vez podré olvidar esos huesos, esos pobres huesos pequeños.

Me desperté con el ronroneo de un motor de automóvil en segunda velocidad, subiendo la empinada colina hacia mi granja. Era una gloriosa mañana de Nueva Inglaterra a fines del verano. El joven Jed Peters estaba llegando con mi auto.

Salté de la cama, me puse una bata de baño y me puse unas pantuflas. Eran las siete y media. Salí al garaje e invité al joven Jed para que tomara una taza de café. Comenzó propiciamente ese nuevo día viendo al muchacho comer tres huevos fritos y siete pedazos de tocino para el desayuno.